

Tercer Domingo después de Pentecostés: Propio 6

Junio 13, 2021

RCL Año B

Ezequiel 17:22-24; Salmo 92:1-4, 12-15; San Marcos 4:26-34

“Es como una semilla de mostaza”

Por: El Rev. Padre Fabian Villalobos

Jesús utiliza metáforas e imágenes muy conocidas en el mundo rural y agrícola, habla de tierra, semillas, crecer, producción. Este tipo de lenguaje es familiar para los israelitas, tomemos, por ejemplo, la primera lectura de hoy, donde el profeta Ezequiel habla de tomar un retoño tierno, una ramita de lo alto de un cedro y plantarla en la montaña para producir fruto.

Este lenguaje natural es común para aquellos que están conectados con el proceso natural de la tierra y el ciclo constante de nueva vida. Sin embargo, este lenguaje agrícola parece desconocido para quienes están desconectados de la tierra y sus procesos ordinarios. Esta desconexión lejos de apuntar a nuestra ignorancia humana muestra cómo los humanos hemos invertido el orden creado por Dios. No necesitamos ser agricultores perfectos o especialistas en

horticultura para entender que somos parte de la creación como administradores, ayudantes y custodios.

Aquí es donde debe comenzar nuestra reflexión. ¿En qué momento nos alejamos de la vida natural para vivir desvinculados de la creación? Cada año, como cristianos, la liturgia del Miércoles de Ceniza nos recuerda esta verdad fundamental: “recuerda que eres polvo y al polvo volverás” (Génesis 3:19). Somos una parte vulnerable y transitoria de la creación; nacemos para vivir en obediencia y fidelidad a Dios. En cambio, a menudo tratamos de vivir como dueños de nuestras propias vidas y algunos son tan necios que creen que son dueños de la tierra.

Cuando ponemos las cosas en la perspectiva del evangelio, descubrimos que Jesús sabía perfectamente bien por qué usa parábolas o comparaciones del mundo agrícola y rural. Algunos eruditos mencionan cómo el entorno rural de la época de Jesús influyó en su enseñanza y predicación como una limitación. Mientras que hoy, otros eruditos reconocen que la sabiduría de Jesús va mucho más allá de las culturas y el tiempo. Jesús sabía que como seres humanos somos, y siempre seremos dependientes y vinculados del mundo natural y agrícola.

Sí, podemos ser sofisticados y tecnológicamente avanzados, pero nuestra comida, agua, calidad del aire y salud en general depende en última instancia

del proceso simple de la semilla que se transforma en una planta y, finalmente, en flor y fruto. Este desarrollo natural es la única forma que conocemos de mantener la vida en la tierra. La negación de estos procesos naturales trae consigo trastornos y caos no solo para algunos, sino en última instancia para todos los seres humanos. Podemos dar fe de que la contaminación, deforestación, manipulación y explotación de los recursos naturales por intereses egoístas y económicos está destruyendo y cambiando el planeta.

No es una casualidad que el Papa Francisco eligió como uno de sus primeros documentos escribir la encíclica "*Laudato Si*" (Alabado seas, mi Señor). En él menciona cómo la destrucción del medio ambiente por nuestras propias manos humanas, afecta el presente y el futuro de toda la raza humana. Esta destrucción es visible en toda la expresión de las relaciones humanas: personas con la naturaleza, personas con otros y, en última instancia, personas con Dios.

La Biblia enseña que cuanto más respetemos y estemos en unidad con el armonioso ciclo natural de la vida, más entenderemos nuestro propio entorno humano. En definitiva, la historia se remonta siempre al principio, Dios como creador tiene el poder de la vida y muestra constantemente su poder en el amor. La restauración de Dios se hace visible y se concreta en la pequeña ramita

del cedro (retoño tierno) que florece hasta convertirse en un cedro magnífico que ofrece fruto y sombra para todo tipo de aves y animales.

En una declaración similar de sabiduría natural, el evangelio de hoy nos recuerda que la tierra misma produce la cosecha. Después de que la semilla se esparce, la germinación y el crecimiento dependen del proceso natural de la tierra más que de los esfuerzos humanos. El agricultor, sabe que el resultado de la semilla está fuera de su control. Por eso, el evangelio menciona cómo continúa la vida del agricultor: “lo mismo da que esté dormido o despierto, que sea de noche o de día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo”. A diferencia de la ignorancia humana, Dios sabe y permite que este ciclo de vida se repita una y otra vez.

Jesús al hablar del Reino como una semilla de mostaza deja en claro que el Reino es una realidad que se transforma y tiene el potencial de ser un lugar que permite dar vida a otras criaturas, como el árbol que con su sombra permite a las aves hacer sus nidos. Esta capacidad de convertirse en algo más grande y hermoso tiene sus raíces en el misterio del Reino de Dios, siempre activo.

De la misma manera, la semilla eventualmente se convierte en un gran árbol con grandes ramas que proporciona espacio para los pájaros del cielo. Nuestro propio desarrollo cristiano está arraigado en la capacidad que tenemos de

permitir que la semilla del evangelio crezca dentro de nosotros. Solo cuando nos convertimos en un espacio de seguridad, refugio, hospitalidad, justicia y amor por los demás, descubriremos que nuestra semilla de mostaza se está convirtiendo también en algo que Dios está haciendo en nuestras vidas. Para experimentar este misterio transformador, es necesario vivir en armonía y paz con la creación y el Creador. Solo entonces sabremos que el Reino de Dios es nuestra realidad última que ya está entre nosotros. Amén.